

CANTO UNO Y TRINO DE LA MONJA SÁFICA

Tormentos de amor de convento

Una mujer fustigadora,
cual dulce novicia católica
que desfallece en estertores
de goce y dolor como albores,
ha clavado en mí su mirada azul
más penetrante que el albur.
Sobre mi desnudez virginal
perforan mi carne las pupilas de azur
de la hermosa abadesa severa y rapaz.

Sus labios premeditan un castigo,
sus ojos chispean de placer clandestino.
Erguida, con la voz en alto y contenida
atropella toda mi inocencia
implorando a un dios funesto
cuyo terror se precipita sobre mi pecho
colmado de leche, amor y miel,
que prístino desconoce el displacer.

La tentación acecha, dice la madre
y besos lentos derrama sobre mi piel
que al roce de sus labios cede y se abre.
Mas un funeral me prepara ella

en el lecho tras los placeres finalizar:
de la rosa extrae una cruz y un cilicio
y me postra ante ella en divinos martirios.

Me habla de la compasión desgarrando
con el filo de la cruz mis ilusas esperanzas
que en ella he depositado a manos llenas,
y en cuerpo y alma a sus brazos deseados
con el corazón desnudo me he entregado.

Clamando contra la represión: ¡libera a Eros!

¡Abrid al amor el vientre, la hojarasca!
¡El incienso y la candela agiten las sombras!
Más que la vida es nuestra ceniza rojiza:
los ojos y las manos, los desmarañados cabellos,
los lujosos vestidos del humo,
la noche azotando al cuero mojado.
Tronad, todos los besos raudos y amargos,
que de la Uva, de morado veneno, sois amante:
a nadie reanima, sino sólo a los apasionados.

¡Abrid al amor el alhelí, la hojarasca!
¡El incienso y la candela agiten las sombras!
Más que la vida es nuestra ceniza rojiza:
los pistilos y las corolas, los revueltos pétalos,
los lujosos vestidos del humo,

la noche azotando a los pétalos mojados.
Tronad, todos los besos dulces y amargos,
que de la Flor, de trémulo néctar, sois amante:
a nadie reanima, sino sólo a la incandescencia.

Unión de las enamoradas en el amor triunfante

El Cristo destella en el pecho de mi amada
del que bebo toda su cruz y todo su paraíso;
la Luz del Espíritu Santo dimana de su cabeza
como de una diadema emerge el resplandor solar;
y en su silencio escucho a Dios tronar sus campanas
entre sus labios rojos, cantando la victoria del amor,
de ese crisol donde se reúnen desde toda la eternidad,
por los siglos de los siglos, las tres coronas del Altísimo.